

cial —más allá de la clase, incorporan el género, edad, origen étnico, creencia religiosa. Desde este enfoque, una historia social “actualizada” que recupere críticamente lo mejor de su propia tradición e intente sostener un diálogo maturo con las demás ciencias sociales se ocupará ahora menos de las “estructuras” y más de las “prácticas” “pues es en la práctica donde tiene lugar la intersección entre lo discursivo y la iniciativa y acción individual.”²⁹

Si bien parece no haber consenso entre los historiadores respecto a la potencialidad del sendero que ha tomado la historia social en la actualidad, aún hay quienes afirman que “el clima intelectual se está transformando y la historia social está conquistando nuevos terrenos. Es todavía —o incluso, es de nuevo— un buen momento para ser historiador social.”³⁰

La historia social radical: el marxismo británico

DÉBORA CERIO

“Pero la realidad está llena de las más extrañas combinaciones y es el teórico quién debe hallar en esta rareza la confirmación de su teoría, “traducir” en lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no, a la inversa, presentarse la realidad según el esquema abstracto.”

Antonio Gramsci

El rescate de la gente común: historia y compromiso.

“¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas?” se pregunta un obrero imaginario al observar la barbarie escondida tras los documentos de una cultura que el saber hegemónico siempre ha representado como la obra de unos pocos. “En los libros están los nombres de los reyes. ¿Fueron ellos, pues, quienes levantaron los bloques de piedra?”. Corría el año 1936 y, envolviéndolo en los pliegues de la poética, Bertolt Brecht componía un alegato a favor de una nueva perspectiva para la interpretación del pasado. Algunos años después, la historiografía marxista inglesa lo recuperaría en clave de un proyecto colectivo. Y no es que este llamamiento a la subversión de un relato donde los grandes hombres han eclipsado a sus protagonistas anónimos no hubiera tenido precursores: sí, como ha planteado Eric Hobsbawm, la historia de la gente corriente pudo existir a partir del momento en que ésta se convirtió en un factor constante en la toma de grandes decisiones y acontecimientos políticos, los estudiosos de los movimientos de masas del siglo XVIII —Jules Michelet el primero de ellos— podrían ser los pioneros de esta tendencia. La historia de la Revolución francesa fue, de hecho, el primer laboratorio para el ensayo de sus temas y métodos y la historiografía gala, la que ya en las décadas inaugurales del siglo XX aventuró sus primeras orientaciones.¹ Referencias en este sentido podrían ser tanto los trabajos provenientes del grupo reunido en torno a la revista *Annales* como los que se encuadrarían en la tradición del materialismo histórico. Un antecedente geográficamente más

29 CHACÓN, Francisco “La revisión de...”, cit., p. 154.

30 KOČKA, Jiřen “Historia social — un concepto relacional”, en *Historia Social*, n° 60, Valencia, 2008, p. 162.

1 HOBBSBWM, Eric “La historia desde abajo”, en *Sobre la historia, Crítica*, Barcelona, 1998, p. 206.

próximo lo constituye la versión liberal radical de la historia popular producida en Inglaterra entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Lo cierto es que, aún cuando estuviera influenciada por esos recorridos previos, la tradición marxista inglesa popularizó la noción "historia desde abajo"², al tiempo que imprimió al nuevo campo una tonalidad singular. Como aspiración germinada algunos años antes en torno a una experiencia política, su tentativa no se explicitaba solamente en la pretensión de recuperar fragmentos ocultos u olvidados del pasado. Uno de los objetivos centrales al momento de decidir la fundación del "Grupo de Historiadores" del Partido Comunista de Gran Bretaña (PCGB) en 1946, había sido, en cambio, abonar a la construcción de una historiografía que restituyera a los hombres comunes su papel como constructores conscientes de la historia. El rescate de las prácticas de esas personalidades "anónimas" se enfocaba así en su inherente dimensión política. Harvey Kaye ha denominado "historia desde abajo hacia arriba" a este modo de aproximación, en la medida en que la intervención de los de abajo siempre es considerada en relación a un escenario más amplio que la contiene y le da forma: la lucha de clases.³

Graduados en las universidades de Oxford y Cambridge entre mediados de los años '30 y los inmediatamente anteriores y posteriores a la Segunda Guerra Mundial (en la cual casi todos prestaron voluntariamente servicio en el bando antifascista), historiadores como Christopher Hill (1910-2003), George Rudé (1910-1993), Victor Kiernan (1913-2009), Rodney Hilton (1916-2002), John Saville (1916-2009), Eric Hobsbawm (1917), John Morris (1913-1977), Dorothy Towers (1923-2011), Edward P. Thompson (1924-1993), Royden

2 Aunque el término fue originalmente propuesto por el francés Georges Lefebvre, "La historia desde abajo", un artículo en donde Edward P. Thompson examinaba lo que hasta el momento se había realizado en ese terreno, al tiempo que convocaba a trasladar el eje de las preocupaciones de las historias clásicas del laborismo desde las formas organizativas de la clase trabajadora (sus partidos y sindicatos) hacia los modos de vida, experiencias y tradiciones de la "gente común", o en otros términos, hacia el estudio de la "cultura popular", fue el acicate para la difusión de esta perspectiva en Gran Bretaña. Cfr. THOMPSON, Edward P. "History from below", en *The Times Literary Supplement*, 7 de abril de 1966. Publicado en castellano en THOMPSON, Dorothy (comp.) *E. P. Thompson esencial*, Crítica, Barcelona, 2002. Otro momento importante de esa recepción había sido *La multitud en la historia*, de George Rudé. Editada en inglés en 1964, la obra reivindicaba el lugar protagónico de "la multitud revolucionaria", como sujeto colectivo con su propia identidad, intereses y aspiraciones. Cfr. RUDÉ, George *La multitud en la historia. Los disturbios populares en Francia e Inglaterra, 1730-1848*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1971.

3 KAYE, Harvey *Los historiadores marxistas británicos. Un estudio introductorio*, Universidad de Zaragoza, Prentas Universitarias, 1989, p. 207-211.

Harrison (1927-2002), entre otros, tuvieron una participación destacada en las actividades del Grupo, en cuyos orígenes se imbrican la acción militante con la inserción —en algunos casos y momentos, decididamente problemática— en las instituciones académicas británicas.

Se trata, por lo demás, de una alianza fácilmente perceptible si se observan los debates en torno a los cuales estos historiadores comenzaron a aglutinarse y que ponen en escena a tres miembros de mayor edad pero muy influyentes en su formación. En principio, los suscitados por un libro de Arthur Morton (1903-1987), *A people's history of England* (1938), texto que proponía un punto de vista con el que todos los miembros podían sentirse interpelados como sujetos políticos, pues al situar el pasado nacional bajo el prisma de la lucha popular les permitía mostrar un largo recorrido en la reivindicación y defensa de los derechos y libertades de la gente común. La influencia de la figura de Dona Torr (1883-1957) y su estudio biográfico sobre Tom Mann se vislumbra asimismo en el énfasis puesto en la vivencia de esos actores. También de importancia crucial fue la intensa polémica en torno al problema de la transición impulsada por los *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, de Maurice Dobb (1900-1976).

Quizás la más resonante de sus iniciativas haya sido la fundación de la revista *Past & Present*, en 1952. Proyecto editorial tendiente a preservar el diálogo con investigadores no marxistas, aunque varios de sus miembros formaron parte del Consejo Editor no fue publicada exclusivamente por el Grupo, expresando así un abanico de miradas en torno al cual se produjeron algunos de los debates más significativos de una historiografía que estaba despertando del sueño narcótico del historicismo, lo que al mismo tiempo era un modo de discutir *políticamente* sobre el pasado, el presente y el futuro. No menos importantes fueron, en este sentido, las temáticas alrededor de las que esos enfoques confluyeron. Reflejada en la atención prestada a lo particular en el estudio de distintas formas de sociedad, en el llamamiento a que la práctica teórica no perdiera el contacto con la historicidad de la vida social, el itinerario de la revista exhibiría una constante preocupación por diferenciarse del estructuralismo.

Pues si un sesgo individualiza al paradigma que tuvo su apogeo en Francia durante los años '50-'60 éste es su radical voluntad de emancipación respecto de la historia, no como disciplina, sino hasta el punto de negar a las ciencias del hombre cualquier fundamento histórico: frente al análisis diacrónico y la referencia al contexto, exalta el predominio de lo permanente, los invariantes, la sincronía, el texto cerrado sobre sí mismo. En su mayoría provenientes de

la filosofía, sus más notables representantes (Claude Lévi-Strauss, Pierre Bourdieu, Jaques Lacan, Louis Althusser, Jaques Derrida, Jean-Pierre Vernant), forman parte según François Dosse de una generación consciente del desafío de unas ciencias sociales que estaban apropiándose de cuestiones que hasta entonces habían sido prerrogativa de la reflexión filosófica, pero orientándose según una vocación más pragmática y centrando sus búsquedas en la articulación entre los conceptos y el campo. Privilegiando un discurso esencialmente conceptual, teórico, el contraataque estructuralista se recostaría en una crítica al modelo de positividad construido por esas jóvenes ciencias y en la afirmación de que éste debía obtenerse de la elaboración filosófica, preservando así la primacía de la disciplina.⁴

Sin embargo, la inquietud por señalar la distancia con dicho paradigma no implicó para los editores de *Past & Present* descuidar el interés por explorar las conexiones entre lo empírico y lo conceptual que, evidenciado en el impulso dado a la colaboración interdisciplinaria con sociólogos y antropólogos, la convirtió en publicación pionera en este sentido. También relacionado con ello, sustentó una concepción de la Historia Social como perspectiva analítica totalizadora que situaba todos los aspectos de la existencia humana en el contexto de sus determinaciones sociales.

Lo más significativo de la contribución de los miembros del Grupo se produciría a partir de su ruptura con el PCGB tras la crisis de 1956⁵ y su convergencia en el espacio de la “Nueva Izquierda” que por esos años comenzaba a promover otros modos de entender la práctica política, al tiempo que incorporaba sujetos y reivindicaciones soslayadas por la tradicional. Las recientemente traducidas obras del joven Marx, así como la producción de un conjunto de autores críticos de la ortodoxia, serían las principales referencias teóricas de una renovación de los estudios históricos que los tendría como protagonistas insoslayables.⁶

4 DOSSE, François *Historia del estructuralismo*, Akal, Madrid, 2004, Capítulo 38: “La crisis de crecimiento de las Ciencias Sociales”.

5 En mayo de ese año, Nikita Krushev había presentado al XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética un informe secreto en el que denunciaba el culto a la personalidad y los crímenes del stalinismo. Pero la invasión soviética a Hungría —una de las naciones del Este europeo que se rebelaron contra la URSS—, en noviembre del mismo año, aúnilo para miles de militantes comunistas de todo el mundo las expectativas depositadas en que ello abriera las puertas a una “desestalinización”, como consecuencia de lo cual abandonaron sus organizaciones. La mayoría de los historiadores del Grupo hicieron lo propio, con las notables excepciones de Eric Hobsbawm y Maurice Dobb.

6 Esta tendencia se continuaría en una segunda generación vinculada al movimiento de los

La herencia marxista

Se trata, en efecto, de una perspectiva historiográfica que se nutre de la impugnación de un segmento medular del corpus marxista: aquel desplegado en torno a la problemática de la relación entre base y superestructura. Decía Marx en el archiconocido pasaje de la *Contribución a la crítica de la economía política*:

“En la producción social de su existencia, los hombres establecen determinadas relaciones, necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a un determinado estadio evolutivo de las fuerzas productivas materiales. La totalidad de esas relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Ueberbau*] jurídico y político, y a la cual corresponden determinadas formas de consciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso social, político e intelectual de la vida en general. No es la consciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, por el contrario, es su existencia social lo que determina su consciencia. En un estadio determinado de su desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes o —lo cual constituye una expresión jurídica de lo mismo— con las relaciones de producción dentro de las cuales se habían estado moviendo hasta ese momento. Esas relaciones se transforman de formas de desarrollo de las fuerzas productivas en ataduras de las mismas. Se inicia entonces una época de revolución social. Con la modificación del fundamento económico,

History Workshops, “Talleres de Historia” que Raphael Samuel (1938-1996) coordinó en el Ruskin College —la Universidad para adultos de Oxford— a partir de 1966 y en donde trabajadores-estudiantes confluyeron con historiadores e historiadoras socialistas y feministas. La intención de suscitar el interés por la historia por fuera de los ámbitos académicos y de producir una democratización de la disciplina plasmaría en el *History Workshop Journal*, revista fundada en 1976 por Samuel, junto a Gareth Stedman Jones, Sally Alexander, Susan Bullock, Anna Davin, Alan Howkins, Andrew Lincoln, Tim Mason, Stan Shipley y Anne Summers. Este artículo se centrará, sin embargo, solamente en aquel momento fundacional.

todo ese edificio descomunal, se trastoca con mayor o menor rapidez.⁷

Simplificando en extremo el planteamiento marxiano, los herederos socialdemócratas y stalinistas feyeron allí la idea de una determinación unidireccional según la cual el compás del movimiento de la superestructura estaría marcado por el de las fuerzas productivas, un diagnóstico que constriñe las posibilidades de la transformación social al cambio en el suelo económico y donde lo político, lo jurídico y las distintas formas de conciencia social aparecen como su "reflejo". Josep Fontana ha planteado que esta interpretación es el corolario de un movimiento de desnaturalización y fosilización dogmatizante del materialismo histórico —y, consecuentemente, de la práctica historiográfica nacida de él—, protagonizado en distintos momentos por la II y la III Internacional y prolongado en el estructuralismo marxista.⁸

La historia de las Internacionales comienza en el siglo XIX. El supuesto que dio origen a la fundación de la Primera, en 1864, fue que a la acción aislada, dispersa, esporádica, explosiva de los trabajadores por sus reclamos debía suceder una acción consciente y masiva, a través de la reunión de sus grupos y partidos de diferentes países. En el discurso inaugural, Marx, que, como Engels, participó intensamente en sus actividades, planteó sus principios políticos rectores: que la emancipación de los trabajadores sería obra de los trabajadores mismos, que ella debía producirse a escala internacional, por medio de la cooperación sistemática de los obreros de todo el mundo, y que éstos debían plantearse la conquista del poder político y, a partir de ella, la total abolición del régimen de clases. Sin embargo, más que una organización fuertemente centralizada, la Asociación Internacional de los Trabajadores fue un punto de comunicación entre diversas sociedades obreras, cuyo reclutamiento mayoritario no provenía de las nuevas ramas nacidas de la revolución industrial sino de los antiguos oficios artesanales. Funcionó básicamente como instrumento y terreno para la popularización de las ideas del socialismo y el debate ideológico con el anarquismo, representado por Mijaíl Bakunin, contrario a cualquier tipo de autoridad y estado.

Desde su constitución en 1889, uno de los ejes centrales de la actividad de la Segunda Internacional —o Internacional Socialista— fue, en cambio, el

7 MARX, Karl *Contribución a la crítica de la economía Política*, Siglo XXI, México, 2003, "Prólogo", p. 4-5.

8 FONTANA, Josep *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Crítica, Barcelona, 1982, Capítulo XII: "El marxismo en el siglo XX. I: Desnaturalización y dogmatismo".

impulso al desarrollo de fuertes sindicatos y partidos de clase. La tergiversación de la que habla Fontana se inicia en íntima vinculación con un particular contexto, el del último cuarto del siglo XIX, momento en que el capitalismo europeo transitaba un período de prosperidad —asociada al ingreso en lo que Lenin denominó su fase "imperialista"⁹— que parecía estar retrasando el choque abierto entre la burguesía y el proletariado previsto por Marx y Engels en las décadas anteriores. Con el movimiento obrero cada vez más inclinado al economicismo sindicalista (esto es, la obtención inmediata de beneficios laborales por medio de la negociación sindical), se consolidó la idea del socialismo como fase natural y espontánea de la evolución humana, desvaneciéndose la certeza sobre su dinámica —necesariamente— violenta: el catalizador de las contradicciones sería el propio peso de las transformaciones económicas que, al permitir el avance de la conciencia de clase del proletariado, llevaría a la liquidación del capitalismo. Así las cosas, el socialismo aparecía como inevitable resultante del crecimiento de las fuerzas productivas y la lucha por reformas, esencia de la organización clasista. El poder del estado, progresivamente conseguido por la vía parlamentaria, sería utilizado como palanca del cambio social hasta el momento en que alcanzase un carácter completamente socialista.

Los miembros del ala reformista defendieron la necesidad de revisar los planteamientos marxianos que no se ajustaran a una práctica política de estas características. Y, desde una perspectiva epistemológica inspirada por el positivismo, entendieron al marxismo como "ciencia natural de la sociedad" en donde el análisis empírico objeto de la sociología aparece disociado del socialismo. Según una figura simbólica de esta corriente, el militante socialdemócrata alemán Eduard Bernstein, el socialismo es una tendencia, mientras que "la ciencia está libre de toda tendencia; en tanto que conocimiento de hechos, ella no pertenece a ningún partido o clase".¹⁰

Fundada en 1919, la Tercera Internacional —también denominada Internacional Comunista—, agrupó a los marxistas que se opusieron a la política refor-

9 LENIN, Vladimir *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*, Editorial Polémica, Buenos Aires, 1974. Lenin señalaba allí que, en tanto "guerra por el reparto del mundo, por la distribución y redistribución de colonias, "esferas de influencia" del capital financiero, etcétera", la primera conflagración mundial representaba el punto de arranque de la transformación del capitalismo en "un sistema mundial de opresión colonial y de estrangulación financiera de la inmensa mayoría de la población del mundo por un puñado de países "adelantados", pp. 8-10.

10 Citado en LOWY, Michael *¿Qué es la sociología del conocimiento?*, Fontamara, México DF, 1991, p. 94.

mista, capitalizando el masivo apoyo convocado por el Partido Bolchevique ruso, que había dirigido la Revolución de 1917. La necesidad de argumentar contra el revisionismo generalizaría, en el pasaje entre una y otra época, una visible tendencia a la codificación abreviada de la ortodoxia marxista, que sería el antecedente inmediato de la publicación de los primeros manuales de materialismo histórico, que presentaban de modo esquemático sus elementos más rudimentarios. Este tipo de exposiciones pedagógicas se multiplicaría con el triunfo de la Revolución, cumpliendo una significativa función como medio de legitimación del nuevo sistema. Así, por ejemplo, sobre el *ABC del Comunismo*, de Nikolái Bujarin, Gramsci escribió que representaba la "crystalización de una dañina tendencia a (...) reducir una concepción del mundo a un formulario mecánico que da la impresión de tener toda la historia en el bolsillo."¹¹

Si la Revolución rusa había inspirado movimientos insurreccionales en varios países europeos a la salida de la guerra, la derrota de éstos dejó a la Unión Soviética en soledad, favoreciendo la burocratización del régimen, que se profundizaría tras la crisis de 1927 a 1929 de la cual surgió el fenómeno denominado "stalinismo". Como plantea Fontana, éste no debe interpretarse en términos de psicología personal o de lucha por el poder sino, por el contrario, como crisis social, en la medida en que, en la situación de atraso y aislamiento de la Rusia soviética —caracterizada por la ruptura de los mecanismos de acumulación del capital previos a la revolución, la destrucción de fuerzas productivas ocasionadas por la guerra mundial y la guerra civil y la ausencia de procesos de transformación social similares en otros países—, resultaba imposible satisfacer la demanda de productos industriales de la población. El camino escogido por el régimen fue transformar radicalmente las condiciones de vida y de trabajo de millones de personas, sacrificando muchas conquistas populares. Así, la colectivización forzosa y una industrialización que no reparaba en los costos humanos, discurrió en paralelo a la eliminación de cualquier forma de oposición a la línea política emanada de la conducción del partido-Estado, mediante la persecución, detención, deportación y ejecución de miles de sus delegados y dirigentes, en muchos casos a través de juicios amañados.¹²

La historia y su teoría tuvieron en este contexto un papel fundamental como medio de construcción de hegemonía. Según una instrucción oficial de 1934 dirigida a los historiadores soviéticos:

"Una buena enseñanza de la Historia debe crear la convicción del inevitable fracaso del capitalismo (...) y que en todo, en el ámbito de las ciencias, de la agricultura, de la industria, de la paz y de la guerra, el pueblo soviético marcha a la cabeza de las demás naciones, que sus importantes acciones no tienen igual en la historia. (...) Es importante insistir sobre las guerras y los problemas militares para sostener el patriotismo soviético."¹³

Distorsionada a la medida de las necesidades del Partido, la versión del materialismo histórico codificada por el stalinismo, profundizó la escisión entre historia y teoría señalada por Gramsci en referencia al manual de Bujarin. Las prerrogativas de la investigación histórica quedaban, de tal suerte, reducidas a la tarea de ajustar los datos a las disposiciones de un esquema predeterminado, constreñida como se hallaba en los estrechos márgenes de un rígido marco interpretativo que se suponía universal e incuestionable. En un escrito de 1938, Stalin había consagrado ese esquema único y necesario por el cual habían pasado o deberían pasar todas las sociedades, el "armazón" que el historiador tenía que "rellenar" con hechos, los "cinco tipos fundamentales de relaciones de producción: la comuna primitiva, la esclavitud, el régimen feudal, el régimen capitalista y el régimen socialista".¹⁴ Este divorcio comportaba además el recurso a un burdo economicismo que despojaba al herramienta conceptual del marxismo de toda su potencialidad como instrumento para captar la riqueza de las realidades históricas concretas.

Tributario de la teorización desplegada bajo el influjo de la obra lévi-straussiana y representado de modo conspicuo en la figura del filósofo y militante del Partido Comunista Francés Louis Althusser, el estructuralismo marxista se inscribe políticamente en el debate con las posiciones de un marxismo oficial post-stalinista que, tras la revelación de los crímenes del régimen, viró hacia el humanismo. La intervención althusseriana opuso a la propuesta por la dirección del partido una argumentación que elevaba a la filosofía del "materialismo dialéctico" al rango de fundadora de la racionalidad científica de todas las disciplinas orientadas hacia lo humano, la única capaz de realizar esa síntesis global del saber contenida en los lineamientos del paradigma estruc-

13 Citado en FERRO, Mario *Cómo se cuenta la Historia a los niños en el mundo entero*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 1990, p. 239.

14 STALIN, Joseph "Materialismo dialéctico y materialismo histórico", en *Ídem, Cuestiones de leninismo*, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1977.

11 Citado en FONTANA, Josep *Historia...* cit., p. 219.

12 FONTANA, Josep *Historia...* cit., p. 220 y ss.

tural. Para alcanzar este horizonte Althusser "retorna" a Marx buscando en la economía interna de sus textos la clave de la problemática. Y, ateniéndose exclusivamente a la lógica del nivel discursivo como sistema cerrado sobre sí mismo, percibe una discontinuidad entre un Marx "joven", que entiende la historia y la política a partir de las categorías filosóficas de sujeto, esencia, alienación, y un Marx "maduro" que critica radicalmente al humanismo para formular una teoría científica de la historia que se libera de todo vínculo con la ideología, porque se desenvuelve fuera del terreno de la praxis.

Esta formulación otorga autonomía al campo científico y preserva la superioridad de la mirada filosófica frente a la de las distintas disciplinas "empíricas", transformando al marxismo en un método esencialmente anti-histórico. El otro componente que desplaza el eje del marxismo hacia la plena asunción del programa estructuralista es la expulsión de la subjetividad como una de las motivaciones que anima el curso de la historia. Los hombres aparecen en la teoría sólo como soportes de las relaciones estructurales y las formas de su individualidad, como efectos determinados de éstas.

Sin desestimar las diferencias en torno a las cuales estos itinerarios se abrieron paso, podría ubicarse su punto de confluencia allí donde todos acaban ponderando con fuerza la gravitación de fuerzas no humanas sobre la capacidad de acción y creación de mujeres y varones. No sería del todo errado suponer que, al menos considerado de forma genérica, este punto de vista recoge una línea ilustrada por aquel fragmento de la *Contribución*. Tampoco, que la letra de los fundadores cobijaba al mismo tiempo otras posibilidades, menos inclinadas a la percepción del proceso histórico como resultado de una evolución automática, y más atentas a la complejidad de su desarrollo. En un escrito contemporáneo a éste —que no obstante se conocería recién en la década de 1930— Marx lo exponía a través de una analogía que, más sutilmente, enfatizaba el carácter múltiple de las relaciones sociales. En la medida en que el proceso de producción no se define sencillamente como la producción material de la vida sino como una compleja articulación entre la naturaleza, el trabajo y los vínculos humanos, y en la medida también en que las personas producen tanto con el cuerpo como con el intelecto, toda forma de organización social se sostiene en una trama en donde los lazos de carácter económico marcan el tono de la época, mas no proveen todas las condiciones para su existencia:

"En todas las formas de sociedad hay una producción determinada que asigna a todas las demás su rango e influencia. Es una iluminación general en la que se sumergen todos los de-

más colores y que los modifica en su particularidad. Es un éter particular que determina el peso específico de todas las formas de existencia que destacan en él"¹⁵

La fisura abierta por dicha tensión, aquella por donde la subjetividad se filtra en la historia, había sido atravesada ya en los años '20 y '30. Desde perspectivas en muchos sentidos disímiles, Georg Lukács, Karl Korsch, Antonio Gramsci o Walter Benjamin fueron algunos de los protagonistas significativos de esa revisión de los dogmas de un marxismo vulgarizado. Inscribiéndose en esta matriz crítica, la tradición de la historia social inglesa también contribuyó a la renovación del materialismo histórico, pero desde la experiencia de una disciplina que hasta entonces había estado mucho menos preocupada por producir categorías de análisis que por ajustarse a los requerimientos metodológicos establecidos desde su constitución como práctica científica.

El giro historiográfico

1) La teoría, revisitada

El siglo XIX inauguró la certeza de que la historia podía narrarse allí donde se cumplieran las reglas que codifican los usos legítimos de una evidencia cuyo examen permitiría revelar las conexiones generales entre acontecimientos de orden eminentemente político, diplomático y militar. Aunque los cultores de la historia social dieron carta de ciudadanía a nuevos actores, se interesaron por otro tipo de temas y cuestiones y multiplicaron los materiales que podían considerarse huellas de lo pretérito, minando así los cimientos de la historiografía decimonónica, su empeño no fue acompañado por una innovación comparable en términos teóricos: en el utillaje provisto por otras ciencias sociales esperaron encontrar las herramientas para pensar su materia. Sin cuestionar la conveniencia de este vínculo, que por el contrario estimuló, la historiografía marxista inglesa asumió la empresa de proponer un tipo de formulación conceptual que pudiera adecuarse a las particularidades de un objeto en permanente transformación; la encontró por la vía de la articulación de la teoría en el análisis de tramas históricas concretas.

Esta definición tiene como horizonte preciso aquella conversión del aprendizaje y esquemático pasaje de la *Contribución* en canon de una filosofía de la historia que, sin recurrir a la investigación empírica más que para "ilustrar" el modelo, brindaba las respuestas a todas las preguntas que pudieran plantearse

15 MARX, Karl *Grundrisse. Líneas fundamentales para la crítica de la economía política*, Crítica, Barcelona, 1977, p. 30.

sobre el pasado. Ésta nunca fue la intención de Marx y Engels, que a través de esa representación habían procurado más bien formular un programa de investigación; como plantearon en *La ideología alemana*:

“Donde la especulación termina, donde la vida real empieza, allí, en consecuencia, empieza la ciencia real, positiva, la exposición de la actividad práctica, del proceso práctico de la evolución humana. (...) Cuando se describe la realidad, la filosofía autosuficiente pierde su medio de existencia. En el mejor de los casos su lugar sólo puede ocuparlo un resumen de los resultados más generales, abstracciones que se derivan de la observación de la evolución histórica de los hombres. Estas abstracciones en sí mismas, divorciadas de la historia real, no tienen absolutamente ningún valor. Sólo pueden servir para facilitar la ordenación del material histórico, para indicar la secuencia de sus estratos separados. Pero en modo alguno proporcionan una receta o esquema, como sí la proporciona la filosofía, para recortar pulcramente las épocas de la historia.”¹⁶

Pilar fundamental del andamiaje controversial de “Miseria de la teoría”, el libro que Edward P. Thompson consagró a la polémica con Althusser, el tópico echa luz sobre la manera en que los historiadores del Grupo concibieron la relación entre historia y teoría en sus escritos.

Lo que allí se sometía a discusión era, en efecto, el interrogante por las fuentes de las cuales emanan los insumos para la producción de conceptos. El “teoricismo ahistórico” althusseriano —sostenía Thompson— procede a elaborar y verificar la realidad a partir de la “práctica teórica”, es decir, por el puro movimiento del intelecto, sin la necesaria relación con la investigación de realidades concretas. La tradición inaugurada por Marx había propuesto, por el contrario, entender el cruce por un camino de doble mano entre el pensamiento y la evidencia empírica. Todas las expresiones historiográficas que pretendieran ampararse en ella, lejos de subordinarse a algo como un “corpus general del marxismo-como-teoría” situado en un “Hogar textual que se valida a sí mismo, o un Hogar radicado en la sabiduría de algún partido marxista, o un Hogar en una práctica teórica purificada”,¹⁷ debían interpretar los datos

16 MARX, Karl y ENGELS, Friedrich *La ideología alemana*. Citado en HOBSBAWM, Eric “Marx y la historia”, cit., p. 166.

17 THOMPSON, Edward P. *Miseria de la teoría*, Crítica, Barcelona, 1981, p. 75.

históricos por medio de hipótesis, categorías y técnicas específicas en constante intercambio con los desarrollos producidos en otros campos:

“La patria de la teoría marxista sigue estando donde siempre ha estado, el objeto real humano en todas sus manifestaciones (pasadas y presentes); objeto que, sin embargo, no puede ser conocido por un simple vistazo teórico (como si la teoría pudiera engullir la realidad de un trago), sino sólo a través de disciplinas discretas, informadas por conceptos unitarios. Estas disciplinas o prácticas se encuentran en las fronteras de cada una con las demás, intercambian conceptos, conversan entre sí y se corrigen mutuamente los errores. La filosofía puede —y debe— supervisar, afinar y auxiliar la conversación. Pero si dejamos que la filosofía trate de abstraer los conceptos respecto de las prácticas y construya a partir de ellos un Hogar para la Teoría independientemente de éstas, y además lejos de todo diálogo con el objeto de la teoría, entonces tendremos... ¡el teatro de Althusser!”¹⁸

Es que, para Thompson, en tanto devenir multifacético y contradictorio, la historia coloca a quienes la estudian ante fenómenos que sólo pueden hallar su definición en contextos particulares.¹⁹ Para aproximarse a ella es preciso formular hipótesis, es decir, organizar conceptualmente los datos para luego constatar su adecuación o rectificarlos. Los conceptos, resultantes precisamente de la generalización a partir de la investigación, son aplicados a los datos, pero no como *modelos* sino más bien como *expectativas*, porque no imponen una regla sino que activan y facilitan la interrogación de la información disponible. A su vez, la realidad ofrece a esas generalizaciones sus propias irregularidades. Muy a menudo, los conceptos y leyes históricas muestran una gran elasticidad: explotación, hegemonía, lucha de clases e incluso otros que parecen admitir menos particularidades, como feudalismo, capitalismo o burguesía, aparecen en la práctica histórica como “familias de casos especiales”.²⁰

Con ello, el historiador abre a su vez un frente de batalla contra el procedimiento positivista: en la medida en que la lógica de la disciplina es pensada a partir de un diálogo entre conceptos y datos que es conducido por la formulación de hipótesis, por un lado, y la investigación, por el otro, su tribunal de

18 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 75-76.

19 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 66.

20 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 78.

última instancia no se halla en los datos en sí mismos, sino en los datos interrogados de ese modo. Frente a la ilusión empirista que "cosifica" a la historia, ponderando los documentos preservados en archivos como la única base fiable para su narración y depositarios de una objetividad que es necesario revelar, Thompson mostró que el análisis detallado de los acontecimientos no está reñido con la teoría; antes bien, que su explicación y comprensión la convoca irremediablemente, aunque con seguridad no bajo la forma de la enunciación abstracta. El conocimiento histórico está limitado y definido por las preguntas planteadas a los datos y por los conceptos que informan estas preguntas y, por lo tanto, sólo es verdadero en el campo delimitado por ellos. En ningún caso puede suponerse que el conocimiento histórico es un reflejo de su objeto: "El instrumento interrogativo y la respuesta son mutuamente determinantes, y su relación sólo puede entenderse como diálogo."²¹ No hay relativismo en esta proposición: esos sucesos ocurrieron realmente y nada puede modificar el estatuto ontológico del pasado; el objetivo de la disciplina es alcanzar esta verdad. Pero cada época y cada investigador pueden proponer nuevos interrogantes a los datos o iluminar datos que para otros pueden resultar intrascendentes. Lo central, para que un concepto o una hipótesis sobre causalidad pueda convertirse en una representación adecuada (aunque, por esto mismo, necesariamente aproximada) de un proceso que efectivamente aconteció en el pasado, es que se encuentre respaldada por la empiria.

Así mirada, la historiografía no aparece ni como una "estación experimental" en donde la teoría fabricada en otra parte puede ser "aplicada", "contrastada" y "confirmada"²² ni como conocimiento meramente fáctico al cual resulta ajeno todo esfuerzo de conceptualización. El historiador concebido al modo del marxismo inglés debe rescatar la historia real, desarrollando hipótesis que permitan explicar y comprender formas concretas de organización social, pero la teoría debe construirse desde la misma práctica historiadora y no como pura especulación filosófica. Probablemente, los frutos de este ejercicio de ida y vuelta representen un aporte mucho más significativo al enriquecimiento de la interpretación marxista de la historia que el que jamás haya realizado o pueda realizar la producción de los exégetas de la obra de Marx y de Engels.

21 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 69.

22 THOMPSON, Edward P. *Miseria*, cit., p. 79.

II) La centralidad de la lucha de clases

El universo categorial gramsciano podría ubicarse como el antecedente más fácilmente reconocible de este enfoque. Allí donde, mediatizada por la noción de bloque histórico, el italiano actualizaba la exigencia teórico-política de descubrir en cada complejo y disonante conjunto de relaciones sociales los modos peculiares de su articulación, varios de los miembros de esta corriente de historiografía marxista encontraron una referencia para sus investigaciones sobre el origen, desarrollo y expansión del capitalismo, un proceso que, abordado desde sus diversos aspectos constitutivos, sobresale al recorrer el volumen de su producción conjunta.²³ Entendida la transición, entonces, no exclusivamente como cambio económico sino, más ampliamente, como cambio social, el foco se colocó en la configuración de las clases sociales y, pasaje imprescindible de esa exploración, en las ideas, tradiciones y experiencias que modelaron su cultura.

Momento cardinal de la operación de rescate de la potencialidad disruptiva del arsenal interpretativo del marxismo, este dato de su definición como colectivo se especifica en sus estudios históricos a través de la reformulación, clave en ese espacio teórico, de la noción de modo de producción. Desde tal perspectiva, éste ya no será descripto atendiendo exclusivamente a las relaciones económicas que lo caracterizan, en tanto —se plantea— en su conformación intervienen también las que se entablan en el terreno jurídico, político e ideológico: la trama alrededor de la cual se organiza, con sus normas, concepciones críticas y construcciones culturales son piezas fundamentales tanto para conservarlo como para subvertirlo.²⁴ Podría decirse, de forma abreviada, que lo particular de esta interpretación es la consideración de las relaciones de producción en la diversidad de sus modos de expresión.

Antes que alterar el orden de los factores en la jerarquía causal postulada por la ortodoxia, los marxistas británicos entendieron al modo de producción como un concepto *total*, sosteniendo que en cualquier forma de sociedad las condiciones en las que sus miembros se aseguran la provisión de los medios

23 Así, por ejemplo, la producción de Rodney Hilton sobre las revueltas del campesinado inglés medieval, de Christopher Hill sobre la Inglaterra del siglo XVII, de George Rudé sobre los movimientos populares franceses e ingleses entre los siglos XVII y XIX, de Edward P. Thompson sobre la formación de la clase obrera (siglos XVIII y XIX) o, sin dudas la más diversificada en términos temáticos, de Eric Hobsbawm sobre la "era de la revolución" en Europa, trabajadores, campesinos y otros movimientos sociales, la difusión del nacionalismo, etcétera.

24 THOMPSON, Edward P. "Folklore, antropología e historia social", en *Historia Social*, Nº 3, Valencia, 1989, p. 96 y ss.

de subsistencia determinan solamente el suelo en el que habrá de proliferar el fermento de la transformación: la acción humana, inevitablemente conformada por el antagonismo de intereses. El hilo que conduce ese proceso es una actividad que halla en las relaciones de producción no un determinante absoluto sino un *limite*. Y la tarea de los historiadores consiste en establecer de qué forma el "ser social" ha ejercido esas presiones sobre la "consciencia social" en coordenadas espaciales y temporales específicas, y cómo esta última ha sido moldeada, a la vez que ha dado forma, a las relaciones sociales de un momento y un lugar particulares. Según Thompson:

"El cambio en la vida material determina las condiciones de ese conflicto, y algo de su carácter; pero el resultado concreto está determinado por el propio conflicto. Esto quiere decir que el cambio histórico sucede, no porque una "base" determina deba dar lugar a la "superestructura" correspondiente, sino porque los cambios en las relaciones de producción se experimentan en la vida social y cultural, se refractan en las ideas de los hombres y en sus valores, y son cuestionados en sus acciones, sus elecciones y sus creencias".²⁵

Recuperando aquella famosa sentencia del *Manifiesto Comunista* que asegura que la historia de la humanidad es la historia de las luchas de clases, la experiencia de las mismas fue examinada en tanto transcurrir que plasma la actividad de los sujetos, quedando colocado el eje en el análisis de los conflictos a partir de los cuales éstas se formaron.

Y es que lo novedoso de la historiografía marxista inglesa no radica tanto en una originalidad temática como en el viraje interpretativo que produjo al hacer visibles las dinámicas de dominación / subordinación, lucha / adaptación que configuran el entramado de los vínculos colectivamente entablados por los hombres, al dejar de considerar a las clases como estructuras estáticas que pueden definirse haciendo abstracción de esas circunstancias para pensarlas en su condición de sucesos que se verifican en el marco de ciertas relaciones humanas. Más aún, desde el momento en que sólo pueden explicarse en términos de los vínculos que establecen con las demás y en función de su densidad temporal, es decir como acción, reacción, cambio y conflicto, las clases son *relaciones* históricamente construidas. En este dato podría hallarse el fundamento de lo que es peculiar a la versión inglesa de la historia de la

25 THOMPSON, Edward P. "Folklore", cit. p. 101.

gente corriente, en tanto pretensión explicativa global cuyo interés por la recuperación de la actividad de los oprimidos no supone descuidar la más amplia textura de la dominación de clases en la que ésta se inserta.

III) Estructura, subjetividad y experiencia: el concepto de clase en E.P. Thompson

Si esta intención de rescate del papel central que la acción y la subjetividad humanas desempeñan en la historia atraviesa la producción textual del marxismo inglés, ella no fue madurada explícitamente como teoría. Más bien insinuada o sugerida, como si los elementos conceptuales formaran una trama que los entrelaza en el denso espesor de la descripción de realidades concretas. Quizás ello se explique en parte por el hecho de que su búsqueda se orientó según el principio de "devolver a los hombres del pasado, y especialmente a los pobres del pasado, el don de la teoría"²⁶, afirmación con la que Hobsbawm hiciera referencia a una pretensión común: la de hablar en los términos del horizonte de visibilidad de esas personas, eludiendo la tentación de otorgar prioridad analítica a categorías generadas independientemente de tales situaciones particulares.

Obra fundamental de la historia desde abajo, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, de Thompson recupera, sin embargo, esa dimensión del planteo a través de unas pocas pero valiosas páginas que condensan las formulaciones acerca de la noción de clase como relación y otras que aluden a los mecanismos de formación de la consciencia colectiva.²⁷ Con este libro, Thompson se había propuesto discutir con un heterogéneo conjunto de enfoques sobre el surgimiento de la clase obrera —desde la historia económica cuantitativa y el funcionalismo estructural hasta las versiones ortodoxas del marxismo, pasando por buena parte de los observadores contemporáneos, conservadores, radicales e incluso socialistas— que se aproximaban en la medida en que apelaban a las condiciones económicas de su desarrollo como elemento explicativo fundamental:

"En esta tradición, la noción muy simplificada de la formación de la clase obrera era la de un proceso determinado: energía de vapor + sistema industrial = clase obrera. Cierta clase de ma-

26 HOBBSBAM, Eric "Comments", en *Review*, I, invierno-primavera de 1978, p. 162.

27 Al respecto, puede consultarse también HOBBSBAM, Eric, "La conciencia de clase en la historia", en *Marxismo e historia social*, Universidad Autónoma de Puebla, México DF, 1983.

tería prima, como la "afluencia de los campesinos a las fábricas", se elaboraba para producir tantos metros de proletarios con consciencia de clase".²⁸

Una mirada, pues, que considera a los instrumentos físicos de la producción dando lugar, de forma directa y más o menos compulsiva, a nuevas relaciones sociales, instituciones y formas culturales. Una concepción de los "recién llegados" a la revolución industrial como si simplemente fueran sus "primogénitos", esto es: antes que como varones y mujeres reales que participaron del tránsito entre dos modos de organización social—con todo lo que éste implicó en términos de cambios en el entorno productivo y, consecuentemente, en los hábitos de trabajo y de vida—, fueron pensados como su resultado pasivo y, consecuentemente, como masa disponible para asumir sin más las nuevas circunstancias, lista para impregnarse de unos valores y formas de comportamiento y organización colectiva generados independientemente de su propia praxis.

Una vez asumida la definición de la clase como una estructura resultante de ciertas determinaciones (tantos hombres que se encuentran en este o aquel tipo de relación con los medios de producción), se está en condiciones de deducir qué consciencia debería tener este grupo humano si conociera la posición en la que ha sido objetivamente colocada y los intereses reales que la misma prescribe. Para Thompson, desde aquí a sustituir la autonomía de la clase por el Partido o el Teórico capaces de develar su consciencia, no tal y como es sino como debería ser, hay sólo un paso, invariablemente franqueado por todas las especies del economicismo, incluido el althusserianismo.

El principio fundamental en el que se basa su trabajo es, por el contrario, que las clases no pueden definirse exclusivamente por los componentes objetivos de su estructuración, sino que se *forman* a través del conflicto. El único modo posible de hablar de ellas es, en ese sentido, apuntando a las circunstancias específicas de su configuración en contextos reales. O, lo que es lo mismo: formular un a priori teórico sin esta investigación dice poco y nada sobre una clase en particular porque, aunque su surgimiento y desarrollo se encuentra condicionado por las relaciones de producción que son arena de la lucha de clases, ésta se deservuelve finalmente según cómo los seres humanos responden a las alternativas que la historia les presenta.

28 MERRILL, Michael "Una entrevista con E. P. Thompson", en THOMPSON, *Tradición, revuelta y consciencia de clase*, Crítica, Barcelona, 1984, p. 295.

Lejos de negar la importancia de las relaciones de producción para definir a las clases, este enfoque ubica en ellas el plano que ofrece el límite determinante de los antagonismos y conflictos de intereses y que, por consiguiente, crea las situaciones posibles de lucha. Pero las clases se delinean sólo en el proceso en el que esta lucha se hace efectiva, según cómo las personas asumen y cuestionan su situación objetiva, y se visualizan como parte de un "nosotros" y en oposición a los "otros". Acontecer tramado por la acción humana, entonces, como lo plantea en un artículo posterior, "La sociedad inglesa del siglo XVIII ¿lucha de clases sin clases?":

"Las clases no existen como entidades separadas, que miran en derredor, encuentran una clase enemiga y empiezan luego a luchar. Por el contrario, las gentes se encuentran en una sociedad estructurada en modos determinados (crucialmente, pero no exclusivamente, en relaciones de producción), experimentan la explotación (o la necesidad de mantener el poder sobre los explotados), identifican puntos de interés antagónicos, comienzan a luchar por estas cuestiones y en el proceso de lucha se descubren como clase, y llegan a conocer este descubrimiento como consciencia de clase. La clase y la consciencia de clase son siempre las últimas, no las primeras, fases del proceso real histórico".²⁹

Hay en la formulación thompsoniana una noción que pone en acto las consideraciones sobre la necesidad de superar la mirada reduccionista del modo de producción: esa noción es la de "experiencia", que se inserta allí operando una mediación entre el ser social y la consciencia social. Porque —dice nuestro autor— "del mismo modo que el ser es pensado, el pensamiento es vivido"³⁰. La consciencia de un lugar social no puede adquirirse sino a través del modo como se lo experimenta, y este modo está condicionado por las relaciones sociales en las que las personas se encuentran involucradas.

En tanto no pretende aludir a las vivencias individuales de ciertas situaciones sino a una presión que se define colectivamente en el transcurso de la

29 THOMPSON, Edward P. "La sociedad inglesa del siglo XVIII ¿lucha de clases sin clases?", en *Tradición...*, cit., p. 37.

30 THOMPSON, Edward P. "Las peculiaridades de lo inglés". Citado en SAZBÓN, José, "Dos caras del marxismo inglés. El intercambio Thompson-Anderson.", en *Punto de Vista*, año X, N° 29, Buenos Aires, abril-julio de 1987, p. 15.

lucha de clases, la ponderación teórica de la relevancia de la experiencia de las personas le permite a Thompson rescatarlas en su doble condición de protagonistas de un drama en cuyas circunstancias se encuentran involuntariamente envueltas, pero a las cuales contribuyen a delinear, interviniendo en función de sus necesidades, intereses y construcciones simbólicas. Como contingencia que existe en la medida en que mujeres y varones concretos ponen su subjetividad en acción, la clase no deriva entonces de las relaciones de producción sino de la forma en que éstas son experimentadas. Así, la experiencia sitúa la determinación en el tiempo, transmutando la estructura en proceso.³¹

La consciencia de clase expresa esa experiencia en términos culturales, como "tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales"³², pero a diferencia de ésta, no está determinada. Ello significa que aunque hay una cierta lógica en las construcciones de grupos laborales similares que pueden tener experiencias similares (similares y no idénticas, porque la relación de explotación adopta modos diversos en cada contexto histórico, modos que están en relación con las correspondientes formas de propiedad y poder del estado), no se puede formular ninguna ley. No ha surgido exactamente de la misma forma en distintos momentos y lugares y, por lo tanto, no hay categoría estática definida previamente que pueda dar cuenta de esta diversidad:

"La clase la definen los hombres mientras viven su propia historia y, al fin y al cabo, esta es su única definición"³³.

La comprensión de la clase requiere entonces pensarla en los términos de una formación social, política y cultural que surge de procesos "que sólo pueden estudiarse mientras se resuelven por sí mismos a lo largo de un período histórico considerable". En el caso de la clase obrera inglesa, los años que van desde aproximadamente 1780 hasta comienzos de la década de 1830, durante los cuales ésta "llegó a sentir una identidad de intereses común a ella misma y frente a sus gobernantes y patronos"³⁴, basada en la existencia de sus pro-

31 THOMPSON, Edward P. *Miseria...*, cit., p. 262.

32 THOMPSON, Edward P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Crítica, Barcelona, 1986, "Prefacio", p. XIV.

33 THOMPSON, Edward P., *La formación...*, cit., p. XV.

34 THOMPSON, Edward P., *La formación*, cit., p. XVI. El cuerpo de la obra transita los grandes tramos de esa formación, a lo largo de las tres partes de que se compone: primero, la influencia de ciertas tradiciones populares en la agitación "jacobina" inglesa de la década de 1790 (la de la disidencia puritana y el metodismo, la de los derechos de nacimiento de los ingleses y la de las Sociedades de Correspondencia), luego, las transformaciones en el entorno productivo y las relaciones sociales, con énfasis en los modos en que trabajadores

pías instituciones (sindicatos, sociedades amistosas, movimientos educativos y religiosos, organizaciones políticas, publicaciones periódicas), tradiciones intelectuales y patrones comunitarios.

Uno de los más insistentes cuestionamientos a la obra de Thompson encuentra su cifra en este argumento, que, para sus críticos, supone subsumir las condiciones estructurales que definen a las clases en el magma subjetivo e históricamente contingente de su identidad, negando así el principio fundamental del materialismo que propone que el modo de producción distribuye objetivamente a las personas en clases, y rechazando en consecuencia la idea de que éstas puedan definirse con referencia a las relaciones de producción. Es ineludible en este sentido evocar la posición de Perry Anderson, quien en su respuesta al debate iniciado por Thompson en *Miseria de la teoría*, apuntaba que "El concepto de clase como una relación objetiva con los medios de producción, independiente de la voluntad o la actitud, no parece necesitar una formulación adicional."³⁵

En la perspectiva de Thompson (así como en la del resto de los marxistas británicos, frecuentemente tachados de "culturalistas"), sin embargo, el eje no está colocado tanto en los factores subjetivos como en la tensión que los enlaza a sus determinaciones materiales y en la necesidad de restituirlos en su interrelación para poder volver inteligible la formación de clases reales. Porque el modo en que los hombres obtienen su sustento y su entorno productivo no pueden abstraerse de los otros aspectos de su ser. O, como él mismo lo planteara:

"Yo no soy de ningún modo un crítico total del marxismo estructural. Ningún marxista puede *no* ser estructuralista, en cierto sentido. De lo que se habla es de una sociedad cuyas partes sólo pueden comprenderse en función de la totalidad. De hecho, si mira mi capítulo sobre "Explotación" en *La formación de la clase obrera en Inglaterra* se dará cuenta de que lo que se da (...) es exactamente una versión estructuralista."³⁶

agrarios, artesanos y tejedores experimentaron la revolución industrial, y finalmente, el desarrollo del radicalismo plebeyo desde el ludismo hasta el final de las guerras napoleónicas.

35 ANDERSON, Perry *Teoría, política e historia. Un debate con E. P. Thompson*, Siglo XXI, Madrid, 1985, p. 44.

36 MERRILL, Michael "Una entrevista...", cit.

Este recorrido por la propuesta thompsoniana para la reformulación del concepto de clase no podría cerrarse sin advertir la significativa ausencia señalada, desde las antípodas, por Joan Scott. Para ella, *La formación* es una historia básicamente masculina que asocia a las mujeres con la esfera doméstica y considera a ésta como un espacio del cual no podría emanar la política, en tanto y en cuanto “no proporciona la experiencia de la explotación que contiene en sí la posibilidad de una identidad colectiva de intereses que es la consciencia de clase”.³⁷ Desde su punto de vista, el problema de la obra reside en su apego a una noción de immanencia de los intereses compartidos que configuran una clase en las relaciones productivas, que se traduce, por un lado, en la descripción de un aspecto particular de la política de principios del siglo XIX, esto es, el vinculado a la tradición racionalista, como si fuera la única forma posible de consciencia obrera y, por otro, en el relegamiento de otras expresiones, por ejemplo la crítica religiosa o el lenguaje de la sexualidad.

En la medida en que esas dicotomías —sostiene la autora— llevan la marca de la oposición masculino / femenino, desplazar la atención desde los intereses y las experiencias que estructuraron las percepciones de los varones, hacia la historia de la organización simbólica y de las representaciones lingüísticas forjadas por trabajadores y trabajadoras permitiría, en contraste, proponer un concepto de clase capaz de dar cuenta de los modos en que el género intervino en el proceso de su construcción. Thompson se hizo eco de la réplica:

“(...) Joan Scott, y no sólo ella, hace una crítica importante a *La formación* que debo atender: la clase obrera era ella misma una construcción mental masculina. Creo que no percibí eso y que ella supo mostrarlo claramente. (...) la formación de las clases y de la consciencia de clase han tenido siempre connotaciones masculinas. Y cuando los historiadores no son conscientes —por suerte ahora en general lo son— se desemboca en una lectura deformada de la historia”.³⁸

IV) Entre lo pretérito y lo porvenir: el presente del historiador y la política

Quizás sea oportuno advertir, a modo de cierre y justificación de la empresa acometida en este escrito, que la diversidad de aportes contenida en la tentati-

37 SCOTT, Joan *Género e historia*, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2008, Capítulo IV: “Las mujeres en la formación de la clase obrera en Inglaterra”, p. 102.

38 CORFIELD, Perélope “Entrevista con E. P. Thompson”, en *Punto de Vista*, año XVIII, N° 51, Buenos Aires, abril de 1995, p. 37.

va del marxismo inglés no es reductible a la afirmación de su homogeneidad teórica. La coincidencia de estos historiadores en tales términos podría sintetizarse, en todo caso, en su índole radicalmente crítica respecto de las formas petrificadas del marxismo. En el propósito de revitalizarlo como método de abordaje de la realidad histórica, haciendo resonar en su construcción cognoscitiva los ecos de una praxis y, a través de ese diálogo, recuperando la complejidad de su aparato conceptual. En la restitución del lugar de la acción humana —de la experiencia, la subjetividad y la capacidad creadora de las personas— en su devenir. Y, también, en la insalvable distancia que guardaron respecto de otros modos de escribir historia social que no la percibieron en su dimensión más peculiar, esto es: la del cambio. Como plantea Hobsbawm, aquí reside una de sus diferencias fundamentales con los historiadores *annalistes*: ellos “creían en una historia que no cambia, creían en las estructuras permanentes de la historia”.³⁹

Sin embargo, en la medida en que sus exploraciones individuales expresan recorridos biográficos puntuales, que entrelazan experiencias vitales de diverso tipo, una valoración acabada de su contribución debería atender a sus motivos recurrentes, los matices, las distinciones conceptuales y metodológicas que definen el trabajo de cada autor. El énfasis en el comentario —por lo demás incompleto— de la obra de Edward P. Thompson, trasluzca una elección que, más allá de su dimensión subjetiva, se instala en la certeza de una intrínseca coherencia entre propuesta historiográfica y práctica política: la concepción de la historia que devuelve a la lucha de clases su lugar esencial se rebela contra una visión del socialismo como fase más avanzada del desarrollo de las fuerzas productivas para involucrar otra que pone el acento en la supresión de todas las formas de opresión.

Desplegadas en contrapunto, si la confluencia entre la intervención intelectual de Thompson y su compromiso con la transformación social pudiera condensarse en un detalle, éste sería probablemente la relevancia concedida a la *voluntad humana* como elemento dinamizador del cambio. El más brillante exponente de la historiografía marxista inglesa fue también, desde su juventud hasta el final de sus días, uno de sus más fervientes militantes. Tras la ruptura con el PCGB, retomó la línea del comunismo libertario que despuntara en algunos de sus escritos tempranos, especialmente a través de la reivindicación de la figura de William Morris, en quien encontró la dimensión moral de la

39 HOBBSAWM, Eric *Entrevista sobre el siglo XXI*, Barcelona, Crítica, 2000, p. 19.

sociedad igualitaria que a su juicio faltaba en los escritos de Marx: la esfera de los valores, de las emociones, de las relaciones personales.⁴⁰

Durante los '60, prolongaría ese derrotero en una serie de ensayos políticos centrados en la reflexión sobre el escenario instalado por la guerra fría, la carrera armamentista y el cercenamiento de las libertades civiles en Gran Bretaña, así como la preocupación por los perfiles de las subjetividades emergentes en el marco de los nuevos movimientos sociales y la posibilidad de su articulación bajo el signo de un "humanismo socialista"⁴¹ que ya no podría identificarse exclusivamente con la clase obrera industrial —el único sujeto revolucionario aceptado por la ortodoxia comunista—. Posicionamientos todos que tuvieron expresión concreta a través de su participación en las luchas universitarias⁴² y, muy especialmente, de la febril labor que desarrolló como activista por la paz y a favor de la Campaña por el Desarme Nuclear.

Como práctica y como teoría, el stalinismo había perdido "el ingrediente de humanidad": las personas se le aparecían como "marionetas manipuladas de acuerdo con la idea rectora que el partido reclama como la verdad". Desde la trinchera política de un "socialismo de gente libre",⁴³ Thompson, en cambio, pensó la historia como un campo de posibilidades cuya realización es una obra enteramente humana.

40 THOMPSON, Edward P. *William Morris. From romantic to revolutionary*, Merlin Press, Londres, 1955.

41 THOMPSON, Edward P. "Socialist humanism: An epistle to the Philistines", en *The New Reasoner*, N° 1, 1957. Disponible en <http://www.marxists.org/archive/thompson-ep/1957/sochum.htm>

42 Thompson fue profesor en el *Centre for the Study of Social History* de la Universidad de Warwick entre 1965 y 1971, cuando abandonó el puesto debido al enfrentamiento con las autoridades de la institución por este motivo y no volvió a trabajar de forma permanente, aunque sí fue profesor visitante en distintas universidades de Estados Unidos. Muy lejos de la estabilidad, los vínculos de Thompson con las instituciones académicas nunca fueron otra cosa que conflictivos y, en referencia a la actividad docente, siempre pareció sentirse más cómodo fuera de los ámbitos formales, especialmente en los espacios educativos destinados a los trabajadores.

43 THOMPSON, Edward P. "Through the smoke of Budapest", *The Reasoner*, noviembre de 1956. Publicado en WIDGERY, David *The Left in Britain, 1956-1968*, Penguin, Harmondsworth, 1976, p. 71.

El Género de la Historia: aportes y desafíos para el estudio del pasado

ANDREA ANDÚJAR

Introducción

Hacia mediados de la década de 1970, la historiadora norteamericana Natalie Zemon Davis sostenía que "deberíamos interesarnos tanto en la historia de las mujeres como en la de los hombres, (...) no deberíamos trabajar solamente con el sexo oprimido, del mismo modo que un historiador de las clases sociales no puede centrarse por entero en los campesinos. Nuestro propósito es comprender el significado de los sexos, de los grupos de género, en el pasado histórico".¹

Esta reflexión surgía en un momento histórico donde la conflictividad social y política había alcanzado múltiples geografías, niveles y dimensiones, y en el cual la Historia de las Mujeres, en sintonía con los movimientos que luchaban por la liberación femenina, había dado sus primeros pasos. Si para entonces este naciente campo historiográfico había denunciado la exclusión de la experiencia de las mujeres en el relato de la Historia General y se había preocupado por restituir su presencia en la reconstrucción del pasado, Natalie Zemon Davis instaba a sus colegas, las historiadoras feministas, a ir más allá. En ese sentido, proponía que la comprensión de esa experiencia femenina pretérita requería no sólo colocar la mirada y el interés en las mujeres, en descubrir qué habían hecho, cómo y por qué, sino también en los varones y, consecuentemente, en las relaciones entre unas y otros.

Por otro lado, no era casual que a fin de explicar el significado historiográfico de esa perspectiva relacional, ella emparentara su propuesta con la labor del "historiador de las clases sociales" quien, para comprender a los campesinos, debía además abordar el estudio de las otras clases sociales con las que ese sector negociaba, convivía y confrontaba. ¿Esto significaba que Zemon Davis concebía a las mujeres como si fueran una clase social? No necesariamente. Pero acudir a esa comparación ejemplificativa revelaba los

1 ZEMON DAVIS, Natalie "Womens History in Transition: The European Case", en *Feminist Studies*, 3, invierno de 1975-1976.